

# Efemérides Dominicanas (\*)

Por ELISEO GRULLON

A la memoria de Isaías Franco

## VII

Al saber por la prensa diaria que había muerto Don Isaías Franco en Santiago, sentí el desgarramiento doloroso que experimentamos cada vez que alguno de nuestros seres más allegados cae en la fosa, arrastrando consigo una parte del acervo de nuestros recuerdos juveniles.

Es que no en balde anúdanse relaciones desde la infancia, cimentándose en la adolescencia y siguen cultivándose en la edad madura: la vida del colegio, sobre todo, al fundir en idéntico molde las actividades y los caracteres, —especialmente si esto se verifica en tierra extraña—, les imparte formas comunes ya materiales, ya morales, que perduran y convierten a los hombres en hermanos para toda la vida.

Esa confraternidad existió siempre entre nosotros, aun cuando las contingencias de la vida nos apartaran frecuentemente al uno del otro, llevándonos por escenarios distintos. Después de la ausencia llegaba siempre la hora propicia para la confidencia, que solía estrechar los antiguos vínculos.

---

(\*).— Continuamos en la presente edición de esta revista la reproducción de los escritos que, como una contribución muy estimable al estudio de nuestra Historia Patria, salieron de la pluma del distinguido ciudadano don Eliseo Grullón y Julia (1852-1915). Como los más importantes aparecieron bajo el título de *Efemérides Dominicanas*, hemos conservado este para todos. V. *Clio* números 83, 84, 86 y 87.— (V. A. D.)



Por la bondad de su corazón, por sus condiciones intelectuales, por la fuerza de su claro talento y hasta por las peculiaridades de su carácter, franco como su nombre y enemigo de convenciones, aun de las que son lejitimas y necesarias en la vida social, era la de "Don Isaías" una figura interesante y atrayente.

Recuérdole por vez primera a los diez o doce años en la escuela de don Domingo A. Rodríguez leyendo en el texto de Simón de Nantua, allá por el año de 1862, antes de ser ambos enviados a cursar estudios en el extranjero. Hacíalo en alta voz, con tanta entonación y despejo ante los demás colejiales asombrados, que a mí me causó verdadera admiración.

Con la misma autoridad, a la que uníase una unción especial, propia de la circunstancia, oíle después, andando el tiempo, pronunciar una oración de oportunidad en esta capital, en el acto de la consagración de nuestro mutuo amigo el presbítero don Apolinar Tejera, pareciéndome en aquel momento como que percibía ecos de las homilias de algún Crisóstomo.

Mas no nos anticipemos a los hechos.

Al salir de las primeras aulas, a raíz de haber llegado las tropas españolas al Cibao, enviáronnos nuestros padres en la barca alemana "Mary" a Bremen y Hamburgo —mercados inmemoriales de nuestro tabaco— con varios compatriotas más, entre ellos sus hermanos Luis y Wenceslao, para de allí seguir a Francia, en donde ya cursaba estudios universitarios mi primo hermano Alejandro Llenas.

¿Cómo se hallaba éste a la sazón en Nantes, ciudad situada entre las provincias francesas de Vendea y Bretaña? Pues por un concurso fortuito, pero natural y lógico, de circunstancias: oíd y veréis cómo todo en la vida se explica y encadena...

Entre los oficiales de la expedición Leclerc, organizada por Napoleón a principios del pasado siglo para reivindicar los derechos de Francia a la posesión de esta codiciada isla, hallábase un



Coronel *Paillé* (1). Al pasar éste por Santiago con la división del general Ferrand, quedó prendado de los hechizos de la Señorita Petronila Rodríguez Rojas, tía de mi madre. Casóse con ella; y, al evacuar los franceses la colonia, siguióle aquélla a Francia, en donde obtuvo el Coronel su retiro, después de la campaña de Rusia, habiéndose fijado en una quinta de los alrededores de Nantes, orillas del Loira.

Allí vivió la matrona dominicana, haciendo el bien y ejerciendo la lejitima influencia que su posición social permitiale desplegar. Allí, entre otras obras buenas, promovió el matrimonio de un joven y distinguido abogado, que después sobresalió en el foro de Nantes de apellido *Maisonneuve*; más tuvo a poco la desgracia de enviudar, y, presa de obstinada nostalgia, no pudo resistir al deseo de tornar a su tierra para morir en ella.

De regreso a orillas del Yaque, quiso enviar a Nantes aquel su sobrino para ser allí educado, al cuidado de la ya mencionada familia.

El joven Llenas llegó a Nantes a tiempo que acababa de enviudar a su vez el señor *Enrique Maisonneuve*, quien, lleno aún de dolor por la pérdida experimentada, a la par que de gratitud por la bondadosa señora que había realizado su felicidad conyugal, resolvió traspasar la deuda de afecto contraída con la Señora *Paillé* al sobrino de la misma, adoptándole como propio, ya que no había tenido la dicha de quedar con hijos. Ese afecto, ratificado por todos sus deudos y de un modo especial por tres santas mujeres, las señoritas *Celeste*, *Zoé* y *Lucía Maisonneuve*, quienes fueron desde entonces las madres de "los dominicanos" en aquella su familia adopti-

---

(1).—En efecto, el Teniente Coronel *Elías Paillien* y *Guillon*, de la Legión *Du Cap.*, natural de Mont. en el departamento del Loir y Cher, dist. de Blois, cant. de *Bracieux*, entre los bosques de *Russy* y de *Chambord*, en Francia, hijo de *Pedro Paillien* y de su esposa *Ana Guillon*, contrajo matrimonio en esta ciudad el día 8 de julio de 1808 con *Petronila Rodríguez y Rojas*, natural de Santiago de los Ceballeros, en esta Isla, hija de *Domingo Antonio Rodríguez*, natural de los Reynos de España, y de *Juana de Rojas*, natural de la mencionada ciudad de Santiago. De este matrimonio fueron testigos el Sor Capitán General Dn. *Luis Ferrand*, el Coronel *Ma. Lofitane* y *Da. Juana de Rojas*, siendo bendecido por el Pbro. Dr. *Bernardo Correa* y *Cidron*. (*Catedral, Libro IX de Matrimonios, f. 20*).— (Nota de V. A. D.)



va, explica cómo llegaron a educarse en la ciudad de Nantes los santiagueses Dr. A. Llenas, Dr. Luis Franco Bidó, y los licenciados y bachilleres Wenceslao Franco, Isaías Franco, Eliseo Grullón y, posteriormente, José Llenas.

Acojidos, pues, con el mismo cariño que había despertado la llegada del primero de los educandos dominicanos allí enviado, ingresamos sucesivamente en el colegio de San Estanislao y el de Cuéts hasta rendir el bachillerato.

Imperaba entonces el antiguo y deficiente sistema escolar que dividía los estudios clásicos en diez ciclos, o clases, consideradas desde la novena a la quinta como elementales y de la cuarta en adelante como superiores, siendo los tres últimos años dedicados sucesiva y especialmente a Literatura, Retórica y Filosofía.

Podía acaso no ser perfecto el mencionado programa; podía adolecer del inconveniente de abarcar asignaturas de ninguna utilidad práctica, como el griego antiguo y el verso y prosodia latinos; pero cuánto esmero ingenioso en su aplicación! cuánta idoneidad en aquellos profesores, especializados cada uno en su ramo! cuánto interés y conciencia en el empeño de hacer sobresalir al discípulo que manifestaba voluntad de aprender!

Isaías dedicóse con preferencia al ejercicio más ingrato de las tareas escolares, o sea la versión al francés de los autores latinos, sobresaliendo en ese arte difícil —allí llevado a la perfección— de reproducir en forma propia, adecuada y moderna, el pensamiento exacto y preciso de un autor antiguo. Sobre todo en las traducciones de Tácito, que era el terror nuestro, por la dificultad de encerrar en palabras concretas los vocablos abstractos del historiador de la decadencia romana, tan sobrio, conciso y reticente, llegó a adquirir Isaías una maestría que admiraba a los mismos profesores: raro como era en todas sus cosas, hacía de la obra de Burnouf sobre Tácito su vademecum, su libro de lectura favorita, aun durante las vacaciones, en que nos era preciso hacer ejercicios supletorios, que nos permitiesen saltar algunas de las clases intermediarias como la séptima, la quinta y la tercera, urgidos por la necesidad de abreviar el ciclo de los estudios y el tiempo de la separación.



I a fé que sobraban motivos para ello. Incomunicados con los nuestros por la guerra restauradora que redujo a cenizas la ciudad de Santiago y el patrimonio de nuestras familias, angustiados por las noticias recibidas de la campaña que anunciaban haberse pregonado y puesto a precio la cabeza de nuestros padres, regidores del Ayuntamiento de Santiago o miembros del Gobierno Provisorio, más de una vez hubieron los jóvenes Franco de dirigir solicitudes de indulto a S. M. la Reyna Doña Isabel Segunda para salvar del cadalso a su padre, el general Don Juan Luis Franco Bidó, retenido como rehén. Prisionero éste en las cárceles de Santiago, recibían con frecuencia sus hijos, escritas en papel finísimo, cartas de muchos pliegos en cuyos dobleces —detalle conmovedor— ocultábase algún pequeño doblón de oro, testimonio inequívoco del sacrificio impuesto por el amor paternal...

Pasados con éxito los exámenes del Bachillerato, retiróse Isaías al lado de su hermano, el Dr. Luis Franco, establecido y casado en Machecoul. En medio de aquel paisaje, evocador de los episodios de la guerra entre chuanes y azules, en el teatro mismo de las hazañas del famoso barón Gil de Retz, llamado Barba-azul, preparó Isaías sus exámenes para la licenciatura de derecho, después de lo cual regresó a Santiago por el año 1872.

Reintegrado a la patria, sirvióla en varios cargos importantes y últimamente en el de magistrado de la Corte de Apelación, puesto adecuado para sus condiciones de hombre íntegro e imparcial. Allí, por fin, sorprendióle la muerte entre los cuidados y el cariño de su amorosa familia, estimado de todos, porque tuvo él entre nosotros raro privilegio de ser considerado por sus conciudadanos como ageno a las pasiones políticas, que constituyen la desgracia mayor de esta desventurada tierra.

(*La Cuna de América*, núm. 43, año III, Tercera época S. D., 15 Junio 1914).

